

TRABAJOS DIVERSOS

El Hospital de Jesús Nazareno de la Ciudad de México, fundado en 1524, es el más Antiguo de América y Presta Todavía sus Servicios*

Por el Dr. EDGAR ERSKINE HUME, Socio Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina

Para quienes administran hospitales en nuestros días, he aquí la historia de la creación del primer hospital que se fundó en el hemisferio occidental, hace unos 413 años. A la generalidad de los lectores de este relato podrá parecerles que se trata de un caserón primitivo, tan sólo usado en tiempos remotos, pero desde hace mucho ya olvidado de todos, excepto de los historiadores y cronistas. Pero cuando el lector poco informado se entere de que el venerable hospital no sólo fué una institución provisional y primitiva, sino que de modo constante ha seguido estando en funciones hasta nuestros días, su asombro se despertará de modo inevitable. Por lo menos tal fué mi propia reacción al visitar recientemente el Hospital de Jesús Nazareno de la Ciudad de México.

Con quemar sus naves en la bahía de Veracruz—la ciudad más vieja de Norte América que él mismo había fundado—, Hernán Cortés hizo indispensable el Hospital de Jesús. Fué el 4 de marzo de 1519 cuando desembarcó con un puñado de soldados en tierras mexicanas. Luego—como lo sabe cualquier muchacho de escuela—él y sus intrépidos conquistadores arremetieron contra los diversos pueblos del hoy México, entre ellos los muy civilizados aztecas, y gracias a su extremada bravura y a su magnífica capacidad directiva, que obraron en combinación con los temores supersticiosos de los indígenas, que creían que los españoles eran dioses montados en extrañas bestias y armados con el trueno, bien pronto se adueñaron del Imperio Mexicano de Moctezuma. El destino de México quedó decidido el 7 de julio de 1520, un siglo antes de que la roca de Plymouth se sintiera hollada por los primeros colonos de la Nueva Inglaterra.

* Este artículo ya ha aparecido previamente en inglés en *The Military Surgeon*, Vol. 81, pág. 17, 1937; en *Hospitals*, periódico de la American Hospital Association, de Chicago, No. de mayo de 1937, y en *Medical Life*, de Nueva York, No. de junio de 1937.—La versión castellana que se publica es de la Srita. Mercedes Izquierdo.—Presentada por el Dr. J. J. Izquierdo en la sesión celebrada el 2 de mayo de 1938.

Cortés no fué tan sólo un genio militar. Tuvo la habilidad y la fuerza necesarias para organizar un gobierno civil. Su fuerza fué bastante para mantener la fidelidad de sus hombres; para ganarse a muchos de los que hasta poco antes habían sido sus enemigos; para que el gran capitán estableciera una fuerte administración en la Ciudad de México, y para que sobre las ruinas mismas de la Civilización Azteca que databa de 3 ó más siglos, edificara una potencia colonial. En nuestros días, cualquier jefe militar que ocupa y gobierna un territorio conquistado hace, como una de sus primeras providencias, que se proporcionen cuidados médicos tanto a su personal civil como al militar. Pero a principios del siglo XVI, tal cosa estaba muy lejos de ser la regla general. La mayor parte de los jefes dejaban perecer a sus propios heridos, por falta de atención médica, y en cuanto a la población civil del territorio conquistado, generalmente no les merecía ninguna consideración. Sin embargo, con Hernando Cortés fué diferente.

Cortés tenía la convicción absoluta de ser un instrumento de la divina justicia, y tomaba como punto de partida la dogmática suposición de que el Nuevo Mundo pertenecía a España por derecho concedido por la Bula de Donación del Papa Alejandro VI. Consecuentemente, los habitantes del Nuevo Mundo eran para él súbditos tan legales de la Corona Española, como lo eran los nativos de Castilla o de Granada. Así lo explicó siempre a los indígenas y, aunque éstos nunca pudieron entender las palabras con que les hacía sus exposiciones, no por ello llegó a pensar él que fuera menor la validez de su procedimiento. Hoy día no resulta fácil seguir la lógica española del siglo XVI, pero hay que esforzarse por lograrlo, si tenemos el propósito de que resulte justo nuestro juicio sobre el gran Cortés.

Cortés encontró que en la ciudad de México se tenían conocimientos médicos en grado notable, formados como los de cualquiera otra medicina precolombina, por la mezcla de la superstición y de la religión, con cierto número de observaciones científicas correctas. Los aztecas poseían una farmacopea extraordinaria, de la que proceden muchos de los medicamentos de nuestros días. Los antidotos, los vomitivos, los purgantes, los antihelmínticos, los diuréticos y los anti-piréticos, fueron sacados de sus extensos jardines de botánica médica. Dice Prescott que el gran jardín botánico de Moctezuma podía proporcionar cualquiera hierba que los médicos pudiesen desear. Existían numerosos remedios contra la hemorragia, la diarrea y los pa-

rásitos intestinales o de otras especies; por lo menos una planta para cada enfermedad. Hernández aprendió de los mexicanos los nombres de más de 3,000 plantas que usaban en su práctica terapéutica.

Nunca, antes ni después, se ha dado al mundo colección tan vasta de remedios como los llevados a Europa a raíz del descubrimiento de América, en su mayor parte obtenidos de los aztecas; aparte de la quinina quedaron agregadas a las armas del hombre contra la enfermedad: el cannabis índica, la cáscara sagrada, el quenopodium, la coca, el copal, el chaparro, el curare, la damiana, el condurango, el bálsamo del Perú, la cebadilla, la zarzaparrilla, el bálsamo de Tolú y la vervaina, por no mencionar más que unos cuantos.

En su descripción de la ciudad de Temixtitlán o México, Cortés escribió al Rey de España, el Emperador Carlos V: "Hay Calle de Arbolarios, donde hay todas las rayzes, y yervas medicinales, que en la Tierra se hallan. Hay Casas como de Boticarios donde se venden las medicinas hechas así potables, con unguentos, y emplastos."

Cortés tuvo tan grande impresión de la habilidad de los médicos aztecas que lo atendieron después de la batalla de Otumba, que escribió a su Real Amo (1522) que no había necesidad de mandar médicos Españoles al Nuevo Mundo.

Fué natural que un gran capitán como Cortés, que representaba la gloria y el poder de España, pensara en la fundación de un hospital. Su país había sido uno de los primeros en establecer lo que ahora llamamos hospitales. El Obispo Mansona fundó en Mérida, en el año de 580, un hospital que antedató en más de dos siglos al de San Albano, fundado en 794, que fué el primero de Inglaterra. Los primeros hospitales de campaña fueron organizados como entidades nacionales, por la reina Isabel, durante las guerras encaminadas a la expulsión de los moros de España, pero las cuatro grandes órdenes militares ya los habían sostenido nada menos que desde el siglo XII. No menos de 400 ambulancias, consistentes en carros provistos de camas, fueron utilizados después de la captura de Málaga, en 1487.

Así, a medida que la conquista de México progresaba e iba teniendo éxito, Cortés empezó a pensar cuál sería la forma más adecuada para demostrar su gratitud hacia Dios, que le había otorgado tales victorias. Lo que decidió fué fundar un hospital y levantarlo sobre el sitio en donde había tenido su primer encuentro con Moctezuma, el

Emperador Azteca, porque consideraba que tal momento había sido el más significativo para la ocupación de la ciudad de Tenochtitlán.

Ha habido numerosas descripciones del primer encuentro de Cortés con el Emperador Moctezuma, en aquel presagioso 8 de noviembre de 1519. Pero para nosotros ninguna iguala en interés al de las sencillas palabras que el mismo Cortés dirigió al Rey de España, en su carta fechada en Segura de la Frontera, el 30 de octubre de 1520, con el primer relato que se escribió de las maravillas de México y de las aventuras de los conquistadores españoles en las recién descubiertas tierras, relato aquél que despertó en España el más vivo interés.

Después de relatar su avance sobre la capital Azteca, Cortés continúa: "E assí seguí la dicha Calzada; y a media legua, antes de llegar al cuerpo de la Ciudad de Temixtitlán,"... "Aquí me salieron á vér, y á hablar fasta mil Hombres Principales, Ciudadanos de la dicha Ciudad, todos vestidos de una manera, y hábito, y según su costumbre, bien rico; y llegados a me fablar, cada uno por si facía, en llegando á mí, una Ceremonia, que entre ellos se usa mucho, que ponía cada uno la mano en la Tierra, y la besaba; y assí estuve esperando casi una hora, fasta que cada uno ficiesse su Ceremonia"...

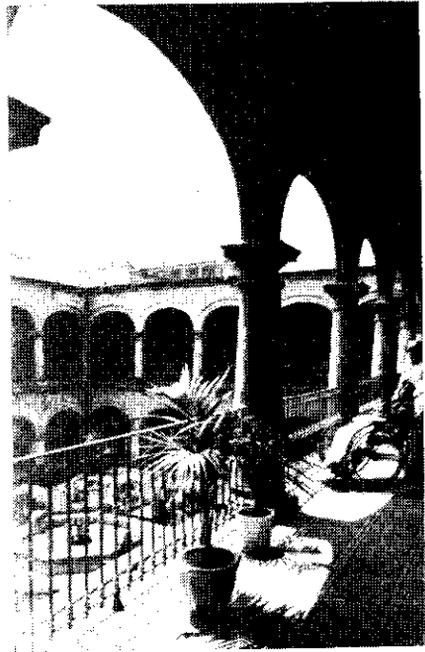
"Passada esta Puente, nos salió a recibir aquel Señor Moctezuma, con fasta doscientos Señores, todos descalzos, y vestidos de otra Librea, o manera de Ropa, assimismo bien rica a su uso, y mas que la de los otros; y venían en dos Processiones, muy arrimados a las paredes de la Calle, que es muy ancha, y muy hermosa, y derecha, que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte, y de la otra muy buenas, y grandes Casas, assí de Aposentamientos, como de Mezquitas; y el dicho Mutezuma venía por medio de la calle con dos Señores, el uno á la mano derecha, y el otro á la izquierda: de los quales, el uno era aquel Señor Grande, que dije, que me había salido a fablar en las Andas: y el otro era su Hermano de el dicho Mutezuma, Señor de aquella Ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel día había partido, todos tres vestidos de una manera, excepto el Mutezuma que iba calzado, y los otros dos Señores descalzos; cada uno le llevaba de su brazo; y como nos juntamos, yo me apée, y le fuy á abrazar solo: é aquellos dos Señores, que con él iban, me detuvieron con las manos, para que no le tocasse; y ellos, y él ficeron assimismo Ceremonia de besar la Tierra; y hecha, mandó aquel su Hermano, que venía con él, que se quedase con migo, y me llevasse



Don Hernando de
Cortés,
fundador del
Hospital de Jesús



Hospital de Jesús
Patio norte. — Al fondo, la torre y bóvedas
de la Capilla en donde estuvieron deposita-
dos los restos de Cortés



Hospital de Jesús
Corredor del segundo piso del patio norte

por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mi, poquito trecho; y despues de me haber él fablado, vinieron assimismo á me fablar todos los otros Señores, que iban en las dos Procesiones, en orden, uno en pos de otro, é luego se tornaban á su Procecion. E al tiempo que yo llegué á hablar al dicho Muteczuma quitéme un Collar, que llevaba de Margaritas, y Diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello, E despues de haber andado la Calle adelante, vino un Servidor suyo con dos Collares de Camarones, embueltos en un paño, que eran hechos de huesos de Caracoles colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada Collar colgaban ocho Camarones de Oro, de mucha perfección, tan largos casi como un gеме: é como se los trujeron, se bolbió á mi y me los echó al cuello, y tornó á seguir por la Calle, en la forma ya dicha, fasta llegar á una muy grande, y hermosa Casa, que él tenía para nos aposentar, bien aderezada. E alli me tomó por la mano, y me llevó a una gran Sala, que estaba frontero de un Patio por dó entramos. E alli me fizo sentar en un Estrado muy rico, que para él lo tenía mandado hacer, y me dijo, que le esperasse alli, y él se fué:" (1)

No hay, pues, que sorprenderse de que el gran Conquistador hubiese deseado dejar señalado el lugar en donde por primera vez llegó a encontrarse con el poderoso Emperador Azteca, con la fundación de un hospital que muy adecuadamente, hasta nuestros días, presta por igual sus servicios tanto a los descendientes de los aztecas, como a los de los españoles.

El "Hospital de la Purísima Concepción" fué construído en fecha que no se conoce de modo preciso. El distinguido historiador Don Lucas Alamán dice que la erección de la iglesia de San Francisco, que fué el primer edificio levantado en la ciudad de México, fué seguida inmediatamente por la de la iglesia del Hospital de Jesús, en el año de 1524. Parece que éste fué, en efecto, el año de la construcción del Hospital, pues existe un documento legal del 26 de agosto de 1524, en el cual se hace mención del sitio "del actual hospital". Además, en otros documentos de la época se habla de la administración de Sacramentos a las personas que morían en el hospital.

Su sitio, que los Aztecas llamaban Huitzilán, era memorable no sólo por haber sido el lugar del encuentro de Cortés con Moctezuma,

1 Aunque el autor hace uso en sus citas de la versión inglesa de las cartas de Cortés por Mac Nutt, hemos preferido transcribir en esta versión los pasajes originales de dichas cartas.

sino también por estar próximo a una fuente que el Emperador Ahuizotl había construído para recibir de un gran acueducto, las aguas procedentes de la cascada de Acuecuexo, en Coyoacán. Como en alguna ocasión el desbordamiento de esta fuente había dado lugar a una seria inundación, de ahí que el lugar fuera considerado propio para una institución de caridad.

Fué arquitecto del Hospital Don Pedro de Vázquez, que además vigiló su construcción. Al decir de Alamán, se emplearon en su fábrica piedras hermosamente labradas y hábilmente emboñadas entre sí, y en el interior se hizo uso de la fragante madera de unas doce o catorce variedades de cedro mexicano, procedentes principalmente de las lomas de Tacubaya. Sin embargo, la obra fué lenta, pues no quedó terminada en todas las partes con que debía contar para el cuidado de los pacientes, sino hasta 1535, por más que muchos fueron los atendidos mientras estuvo en vías de construcción.

Cortés conservó su interés por el Hospital hasta el fin de sus días, como se verá por el siguiente artículo VIII de su última voluntad y testamento:

"8. Item mando, que la obra del hospital de Nuestra Señora que yo mando hacer en la ciudad de México, en la Nueva-España, se acabe a mi costa, según e de la manera que está trazado; e la capilla mayor dél se acabe conforme a la muestra de madera que está hecha e hizo Pedro Vazquez, jumetrico, u a la traza que diere el escultor que yo envié a la Nueva-España este presente año de mil e quinientos e cuarenta y siete: e para los gastos de la obra del dicho hospital, señalo especialmente la renta de las tiendas e casas que yo tengo en la dicha ciudad de México, en la plaza e calle de Tacuba, e San Francisco, e la que atraviesa de la una a la otra; la cual dicha renta mando que gaste en la dicha obra e no en otra cosa hasta tanto que sea acabada, y que el sucesor de mi casa no la pueda ocupar en otra cosa: pero quiero y es mi voluntad, que se gasten a disposición y orden del dicho mi sucesor, como patrón del dicho hospital, e que después de acabada la obra de él, conforme a las dichas trazas, se gaste la dicha renta de las dichas tiendas e casas en las obras e dotaciones de que de yuso será declarado, e mando que en lo que conviene e toca a la administración e gobernacon del dicho hospital, se guarde e cumpla la institución que yo dejare ordenada ante escribano público, y en defecto de ella, por no quedar aclarada e hecha, mando que se guarde la for-

ma e manera de administración que se guarda e tiene en el hospital de las Cinco Plagas de esta ciudad de Sevilla, que fundó la señora Doña Catalina de Rivera, que haya gloria, para en lo que toca a los administradores, capellanes, e los demás oficiales e servidores que han de servir en el dicho hospital."

En el siguiente artículo del testamento añade: "lo cual cumpla y ejecute para siempre jamás mi sucesor o sucesores, para lo cual nombro e señalo por patrón de la dicha capilla, a Don Martín Cortés mi hijo e sucesor, e después a los que de él sucedieren en mi casa y estado." Citamos textualmente el párrafo anterior, dado su gran interés como documento que dió origen al primer hospital de las Américas.

Se ha dicho, a veces, que con la fundación de este hospital Cortés quiso redimir su alma, de sus crueldades y avaricia, cargo que también se hace contra Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, que fundó el Hospital del Socorro, en 1556. Sea como fuere, no debemos olvidar que nuestros juicios acerca de Cortés y de otros de sus compañeros menos dotados que él, los debemos hacer siempre a la luz de los tiempos en que florecieron.

De acuerdo con las prescripciones del testamento de Cortés, sus descendientes han seguido con la obligación de cuidar del Hospital de Jesús. La línea masculina quedó rota en 1629, con la muerte de Don Pedro Cortés, cuarto Marqués del Valle de Oaxaca, título que el Emperador Carlos V había otorgado al Conquistador. Le sucedió su sobrina Doña Estefanía, quien luego casó con Diego de Aragón, Duque de Terranova, de cuyo matrimonio procede la distinguida familia siciliana de ese nombre. Don Giuseppe Pignatelli, Duque de Terranova y de Monteleone, representa la décimacuarta generación de la descendencia de Cortés.

Existe constancia escrita de que en el período inmediato que siguió a la muerte de Cortés, sus descendientes no siempre prestaron atención al Hospital; de que entonces los enfermos no recibieron las mejores atenciones, y de que los precios que se les cobraban eran exorbitantes; Don Domingo Fernández de Urrújola tuvo que vender una de sus casas en el Valle de Ixtlahuaca, para pagar su cuenta con el Hospital! Esto y otras cosas del mismo jaez, dió origen al proverbio: "Si malo es San Juan de Dios, peor es Jesús Nazareno."

La capilla del Hospital, que data de 1601, llegó a ser famosa. Una

rica señora india, Doña Petronila Gerónima, obsequió a esta capilla una imagen de Jesús Nazareno, que era muy venerada, y objeto de procesiones religiosas de parte de la gente de la ciudad, por lo que con el tiempo el Hospital llegó a ser generalmente conocido como de Jesús Nazareno, que es el nombre que corrientemente se le sigue dando hasta nuestros días.

Cortés, desilusionado y amargado por la ingratitud de su soberano, a quien "había dado más provincias que ciudades habíante dejado sus reales antepasados", murió cerca de Sevilla el 2 de diciembre de 1547, después de pasar sus últimos días en la soledad. Sus restos reposaron tranquilos en España hasta el año de 1794, en que fueron trasladados a la capilla del Hospital de Jesús. Se dispuso que fueran llevados en una caja de cristal con barras de plata y fueran depositados en un monumento, en el cual sólo permanecieron treinta años.

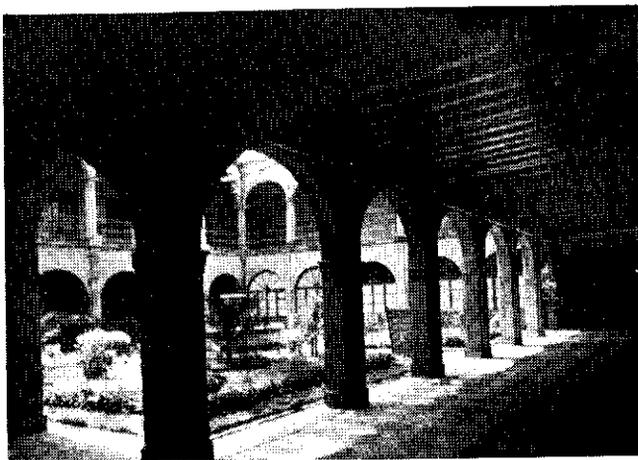
Durante el período de inquietud política de 1823, y con motivo de un proyecto llevado al Congreso para que fuera destruído dicho monumento, se produjeron violentas discusiones y aun hubo periódicos que trataron de incitar al populacho a que lo destruyera. Temiendo que la amenaza fuera llevada a cabo, el Capellán hizo que los restos fuesen ocultados. El busto y los brazos de la estatua fueron enviados al Duque de Terranova, el descendiente de Cortés, que residía en Italia, y el monumento, desmantelado, permaneció así hasta 1833, año en que desapareció. Aunque se ha dicho que los restos de Cortés también fueron enviados al Duque italiano, esto ha sido muy discutido y hasta la fecha nadie puede decir con seguridad en dónde se encuentran los restos del gran hombre.

Tan pronto como la donación perpetua de Cortés para el Hospital y su capilla quedó debidamente formalizada, se hizo cargo de ambos Fray Bartolomé de Olmedo, uno de los frailes españoles enviados para evangelizar a los indios en cumplimiento de la Bula de 1493, dictada por el Papa Alejandro VI. Su administración se distinguió por el cumplimiento de los deseos del fundador, y por la obtención de numerosas donaciones de otros benefactores, que dieron por resultado que por aquel entonces siempre hubiera buena administración de la Institución.

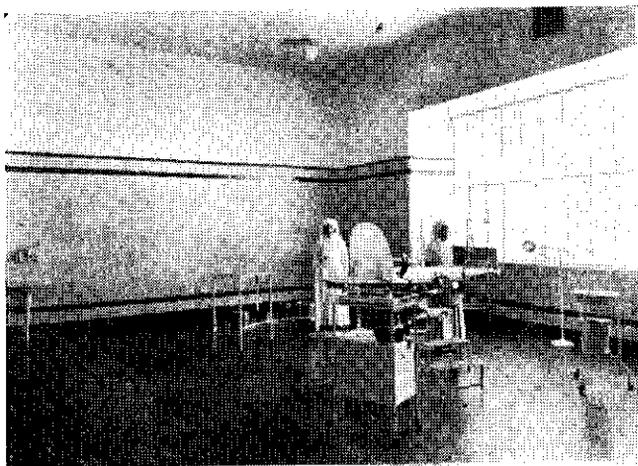
Las crónicas del Hospital nos ofrecen a través de los años una sucesión de cuadros de la clase de cuidados que ha venido prestando



Escalera del Hospital de Jesús



Hospital de Jesús.—Patio sur y corredores bajos del mismo



Hospital de Jesús.—Una de las modernas Salas de Operaciones

a sus enfermos. A mediados del siglo XVII, el personal con que contaba comprendía: “tres capellanes; un administrador; un médico; un cirujano; un barbero; una enfermera en jefe; una ayudante de la enfermera; un cocinero y tres indios que venían desde Coyoacán para limpiar el edificio, y ocho esclavos, hombres y mujeres, que ayudaban en las diversas labores del Hospital.” En 1783 contaba con un médico en jefe, un cirujano en jefe y tres ayudantes. También contaba con lo que ahora llamaríamos “médicos y cirujanos visitantes.” Se ponían especiales cuidados en la “curación de heridas y úlceras.” En 1809, precisamente antes de la Revolución de 1810 que independizó a México de España, el Hospital tenía un fondo de cuatrocientos mil pesos, del cual se apoderó el Virrey para darlo a la Corona Española!

La Biblioteca Médica del Ejército de Washington, contiene cierto número de informes con datos estadísticos acerca del número de enfermos tratados en el Hospital durante varios años. La labor de la Institución ha sido continua, y ha dado pruebas de que recientemente se ha inspirado en los métodos modernos para el manejo de hospitales.

En 1932, en vista de algunas irregularidades comprobadas en la administración, la Junta Privada de Beneficencia decidió cambiar el patronato a manos del Doctor Benjamín Trillo.

El Hospital, tal como lo vemos en nuestros días, es un hermoso y vetusto edificio de estilo colonial español. La demanda creciente de salas hizo indispensable que se le hicieran algunas adiciones modernas que por fortuna han sido llevadas a cabo, en armonía completa con la vieja construcción.

Como en sus principios, el Hospital de Jesús sigue esforzándose por atender a las personas de ambos sexos que tienen necesidad de cuidados médicos o quirúrgicos, pero que no pueden pagarlos.

Las bellezas de la antigua construcción, mejor que con palabras, podrán ser apreciadas por medio de las adjuntas fotografías, por las cuales, así como por haberme llevado a visitar el Hospital, debo expresar mi agradecimiento a mi amigo José Joaquín Izquierdo, Teniente Coronel del Cuerpo Médico Militar Mexicano, y Profesor de Fisiología en la Universidad de México. El equipo que en la actualidad encierra dentro de sus venerables paredes este magnífico y viejo Hospital, es moderno y sólo el ambiente en que se halla colocado nos cuenta la historia de su edad avanzada.